

el fuego de la devoción» (1). ¡Que vergüenza si ignorara lo que debo enseñar! Quiero reparar mi negligencia, acallar mis remordimientos, por desgracia sobrado justos, y usar mejor de un medio tan útil para la gloria de Dios, para mi santificación y para la salud de mis hermanos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.— *El buen sacerdote hace profesión de tener gran respeto á las ceremonias eclesiásticas.* Nunca se respetará bastante lo que es grande á los ojos de Dios. El mismo ha dictado las ceremonias del culto antiguo. ¿Con qué severidad no ha castigado las faltas más insignificantes en este punto? La Iglesia considera las ceremonias como cosas muy importantes; júzguese por uno de sus decretos: *Siquis dixerit...* El anatema es el mayor de los castigos que impone y contra quiénes lo fulmina aquí?

PUNTO SEGUNDO.— *Cómo debemos observar las rúbricas.* Con puntualidad y devoción. Observarlas cómo y cuánto está prescrito. Pero lo que anima más el culto exterior, es la devoción. Es pues, de todo punto indispensable penetrarse bien del sentido de las ceremonias y, por consiguiente, conocer su significado.

PUNTO TERCERO.— *Cuánto importa explicar las ceremonias.* El sacerdote halla en ellas una continua exhortación á los más profundos sentimientos de religión y fervor que exigen tan santas funciones; los fieles encuentran en ellas como dibujados nuestros dogmas, puestos al alcance de todos. El concilio de Trento obliga á los pastores á explicar la liturgia. ¿Me he servido yo como debía de un medio tan útil para la gloria de Dios, para mi santificación y para la salud de mis hermanos?

(1) Bula del Papa Sixto V, estableciendo en Roma un tribunal encargado de velar y proveer acerca de la pureza y observancia de los ritos.

MEDITACIÓN XXX

Huida á Egipto. Hermoso ejemplo de abandono en manos de la Providencia

- I. En su partida.
- II. En su estancia en Egipto.
- III. En su vuelta á Nazaret.

Aunque parece que el Salvador no toma parte en los misterios de su divina infancia, y que todo se debe atribuir á José como jefe de familia, es de todo punto cierto que El le intimaba interiormente lo que debía hacer, y le dirigía en todo.

PUNTO I

Partida de la Sagrada Familia para Egipto

Cuando nuestros superiores, para desempeñar las deberes que su cargo les impone, nos hacen cambiar de lugar, de acuerdo con las necesidades que su juicio les surgiere; deseamos que por su parte tengan para con nosotros atenciones y miramientos; y sin embargo, vemos que Dios ningún miramiento parece tener para con su Hijo. El ángel del Señor se presenta en sueños á José y le dice: «Levántate, toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto, y no vuelvas hasta que yo te lo indique»(1).

Ninguna otra orden pudiera haber parecido más extraña y de difícil ejecución. Se trataba nada menos que de abandonar aquella patria donde José podía encontrar para sus necesidades algún recurso entre sus parientes y allegados; de dirigirse á Egipto, país cuya lengua ignoraba, pueblo idólatra y enemigo de los judíos; y este viaje era forzoso hacerlo en in-

(1). Matth., II, 13.

vierno, por sendas desconocidas y atravesadas por torrentes que ninguna seguridad ofrecían á los viajeros. La Madre tan delicada, el Niño tan débil. Era menester ponerse en camino á media noche, en aquel mismo momento, sin poderse siquiera proveer de lo que les era indispensable para un viaje de esta índole.

¡Cuántas dificultades parece que podría oponer á este mandato! ¿Por qué marchar tan lejos y con tal precipitación? ¿No contaba su soberana Sabiduría con otros recursos para poner en seguridad la vida de tan precioso Niño? ¿No era acaso exponerle á mayores peligros el emprender una marcha tan prolongada en aquella estación y en completa desnudez? Supongamos que fuera necesario huir ¿por qué había de ser á Egipto y no al país de los Magos? ¿Por qué no darles la orden más temprano, durante día? Mil objeciones se ofrecen á nuestro espíritu para combatir una disposición tan absurda en apariencia; José no replica, ni lo difiere un momento. Adonde se le ha ordenado, allí se dirige inmediatamente.... Su abandono en manos de la Providencia quedará justificado. Si la Sagrada Familia se olvida de todo para hacer solamente la voluntad de Dios, Dios piensa en ellos y no los deja de su mano; hacen el viaje y llegan á su destino.

¡Oh, cómo confunde este ejemplo mis inquietudes, quejas y quizá murmuraciones, cuando mis superiores me dan una orden contraria á mi gusto! ¿Por ventura ignoro que Dios quiere algunas veces probar mi fe; que á esta prueba van unidas un sin número de gracias y favores celestiales; que de todos los cargos del mundo es el mejor el que Dios ordena?... Los caminos del Señor para nosotros son cosas sagradas; temamos abandonarlos. ¡Desgraciado el sacerdote que no quiere hacer otra cosa que su propia voluntad! Seguramente que el Señor le ha de privar de los consuelos y bendiciones celestiales. En cambio, cuánto consuela el poderse decir á sí mismo: hago lo que el Señor me ha ordenado y tengo por consiguiente derecho á lo que me ha prometido: *Do-*

minus regit me, et nihil mihi deerit: in loco pascuæ ibi me collocavit.... Et si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es! (1). Vayamos, pues, dondequiera que el Señor nos llame y permanezcamos allí hasta que El nos ordene que salgamos.

PUNTO II

Estancia de la Sagrada familia en Egipto

El Angel había dicho á José: *Esto ibi usque dum dicam tibi* (2). El espera con paciencia y no pide ni una sola vez volver á su patria. Sufre, su estancia en aquel país es molesta é incómoda, el tiempo se le hace interminable; pero no importa, á José no se le ocurre abandonarlo. Ha venido por obedecer á Dios, y saldrá cuando á El le plazca. En efecto, allí permaneció siete años siempre contento y en un perfecto abandono en las manos de la Providencia. ¡Admirable fidelidad, pero cuán rara! Fácilmente nos resignamos á hacer cualquier sacrificio de buena gana, pero pronto nos cansamos, inquietamos y olvidamos que lo hacemos por Dios y por cumplir su santa voluntad.

La necesidad de un cambio trae muchas veces inquietos á excelentes sacerdotes, engañados por una tentación tan peligrosa: *Imaginatio locorum et mutatio multos fefellit* (3). Fácilmente nos imaginamos que estaremos mejor en otra parte. Exageramos, de ordinario, los inconvenientes que ofrece el estado en que nos encontramos, y en esto pensamos noche y día sin considerar que se nos han de presentar quizás mayores en el que ambicionamos. ¡Funesta ilusión! ¿Dónde hallar en este mundo rosas sin espinas? Si nos descargamos de una cruz nos impondremos otras que serán mucho más pesadas. *Qui melius scit*

(1) Ps. XXII, 1.

(2) Matth., II, 13.

(3) *Imit.*, l. I, c. IX.

paci, majorem tenebit pacem (1). Pidamos al Santo Patriarca que podamos dar á nuestra perseverancia el fundamento que hacia inquebrantable la suya. Tenía consigo al Hijo y á la Madre (2). Dios está en todas partes; el sacerdote tiene en todo lugar una iglesia donde mora Jesucristo, en todas partes un crucifijo, ejercicios de piedad..... puede ofrecer todos los días el adorable sacrificio, recurrir á María en cualquier momento.... ¡Oh, hermoso remedio contra el desaliento! ¡manantial perenne de paz y felicidad!

Creen algunos justificar su inconstancia diciendo que el deseo de abandonar tal cargo es porque «allí cometen muchas faltas, porque no les queda tiempo para la oración y que no hacen ningún bien....» El sacerdote prudente conoce al primer golpe de vista la frivolidad de semejantes pretextos. ¡Cometer faltas! ¿pero dónde no se cometen? ¿y en dónde cometerá uno menos que en aquel cargo al cual sabe está inherente la gracia de la obediencia y del sufrimiento en las adversidades? Dedicemos á la oración todo el tiempo que nos sea posible, procurando aprovecharlo muy bien; Dios no puede exigir de nosotros más. Sacrifiquemos, si es menester, á su gloria la dulzura de las comunicaciones con El: nada perdemos en ello: se hace igualmente la corte á ese gran Rey cuando se le deja para servirle. Pero dirá otro: «yo me consumo y malgasto inútilmente, porque no hago bien alguno». Mas ¿quién os asegura de la verdad de esa aserción? Todavía hoy se atribuye á la permanencia del Salvador en Egipto el rocío de bendiciones celestiales que más tarde poblaron de santos aquellas vastas soledades: puede ser que Dios os haya puesto en esta parroquia para merecer, por vuestros sufrimientos y fervor en la oración, las bendiciones que se propone derramar allí cuando esté determinado en los inescrutables designios de su Providencia. ¿No vais acaso allí á convertir un

(1) *Imit.*, l. II, c. III.

(2) *Accipe puerum et matrem ejus.* (Matth., II, 13.)

alma de la cual la Providencia se servirá luego para la salvación de un gran número de otras? ¿No hacia Jesucristo ningún bien cuando no hizo otra cosa que sufrir y morir por la salud del mundo? Y aun cuando las ventajas que sacáramos de nuestro cargo se redujeran sólo á cruces y privaciones; el expiar los pecados, el pasar el Purgatorio en este mundo, dar á Dios la prueba más palpable de nuestro amor ¿no es cumplir así su santa voluntad?

PUNTO III

Vuelta de la Sagrada Familia á Nazaret

«Después de la muerte de Herodes el ángel del Señor se apareció en sueños á José en Egipto y le dijo: «Levántate, toma el Niño y á su Madre y vuelve á la tierra de Israel....» José se levanta, toma el Niño y á su Madre, vuelve á la tierra de Israel y habita en la aldea de Nazaret» (1).

Siempre la misma prontitud en obedecer, siempre el mismo abandono en los brazos paternales de la Providencia. José abandona el Egipto y vuelve á la tierra de Israel en cuanto conoce que tal es la voluntad de Dios. Y como no se le señala lugar de permanencia, escoge la aldea de Nazaret, pueblo natal de su divino Hijo, donde presume que con mayor cuidado podrá criarlo y donde estará menos expuesto á perderle. En aquellas cosas dejadas á nuestra elección, cuando nada determinan los superiores, consultemos la fe y la razón iluminada por ella y nunca nuestro ímpetu natural, y menos aún la pasión. «¿En qué cargo y en qué forma serviré mejor al Señor y estaré menos expuesto á perderle? Dejémosos guiar únicamente por este principio. Al interpretar de esta manera la voluntad de Dios cuando El nada nos manda, es también obedecerle.

Busquemos el Reino de Dios y su justicia y lo de-

(1) *Matth.*, II, 19.

más se nos dará por añadidura; su socorro será superior á nuestras esperanzas y cuando menos lo esperemos. Empero, para recibir de una manera cierta y segura este socorro de lo alto, es necesario un completo abandono en los brazos de la Providencia en todo y por todo el tiempo que á ella le plazca.

Coloquio con Jesús, María y José. ¡Ay! cuán poco los he imitado hasta ahora en la práctica de una virtud tan suave y saludable! Me humillaré ante ellos sin turbación alguna, con sinceridad y modestia y con la firme resolución de obrar mejor en adelante; les pediré que bendigan estas resoluciones que me inspiran.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Huida de la Sagrada Familia á Egipto.* El Angel del Señor apareció á José y le dijo « Levántate toma al Niño y á su Madre: huye á Egipto y no salgas de ahí hasta que yo te lo avise. Jamás orden alguna debió parecer de más difícil ejecución ni más fuera de razón. José no profirió una palabra, ni tardó un solo instante en ponerla en ejecución. Las voces que el Señor nos dirige son sagradas: nada debemos temer tanto como el desoir las.

PUNTO SEGUNDO.—*Estancia de la Sagrada Familia en Egipto.* José espera con paciencia. El no ha venido á este país extranjero sino para obedecer á Dios; de allí no saldrá sino cuando se lo ordene la voluntad divina. El traslado de domicilio affige á veces á algunos buenos sacerdotes; pero es una tentación. Por una cruz de que uno quiere descargarse, tal vez se imponga muchas otras y acaso más pesadas. Expiar los propios pecados, hacer aquí un anticipado Purgatorio, dar á Dios en conformidad de sus deseos pruebas ciertas de amor.... ¿no es esto acaso un bien muy apreciable?

PUNTO TERCERO.—*Vuelta de la Sagrada Familia á Nazaret.* Después de la muerte de Heródes el Angel se apareció en sueños á José y le dijo: « Levántate, toma al Niño y á su Madre y ve á la tierra de Israel... » Siempre la misma prontitud en obedecer, el mismo abandono á los cuidados de la Providen-

cia.... Busquemos el reino de Dios y su justicia; lo demás no nos faltará nunca. Coloquio con Jesús, María y José. ¡Oh! cuán poco los he imitado hasta aquí en la práctica de una virtud tan saludable y tan dulce!

ADVERTENCIA.—Con el objeto de reunir y compendiar aquí todos los deberes de un buen sacerdote para con la divina Providencia, añadiremos dos meditaciones sobre esta materia. En la primera veremos cómo él la honra; en la segunda cómo él la hace honrar y se muestra su digno instrumento.

MEDITACIÓN XXXI

El buen sacerdote honra á la Providencia divina

- I. En todas las cosas él la reconoce.
- II. A ella se somete.
- III. A ella se entrega.

PUNTO I

El buen sacerdote reconoce en todo á la divina Providencia

Aunque sepamos por la fe que nada se escapa á los vigilantes cuidados de un Dios que gobierna el mundo, como un padre gobierna á su familia (1), nosotros no descubrimos casi nunca á la Providencia sino en el conjunto de nuestra vida ó en los grandes acontecimientos: el hombre interior por el contrario la descubre y la adora en los detalles y hasta en las más insignificantes circunstancias. San Ignacio la reconocía en la pequeña flor puesta allá sobre su paso para recrear su vista y hermosear el lugar de su destierro, y se enternecía hasta derramar lágrimas. San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl la veían en el pobre enfermo, en el importuno que iban á distraerle en sus importantes ocupa-

(1) *Tua autem, Pater, Providentia gubernat.* (Sap., XIV 3).

oiones, para solicitar su caridad y ejercitar su paciencia. Todo está bajo su dominio, hasta el pájaro que muere: *Unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro* (1), hasta los lirios del campo: *Considerate lilia agri quomodo crescunt* (2), y hasta los cabellos de nuestra cabeza: *Cupillus de capite vestro non peribit* (3). ¿Por qué me paso yo á las causas segundas é inmediatas, que son las criaturas de que Dios se sirve para realizar sus obras en lugar de elevarme siempre y en todo á la primera causa que es Dios mismo? *Sicut Domino placuit, ita factum est* (4). *Manus Domini tetigit me* (5). Vos sois ¡oh Señor! quien lo habéis así dispuesto; todo lo que sucede es efecto de vuestra voluntad, que manda ó permite; por lo tanto, el primer obsequio que debo á vuestra Providencia es un obsequio de fe; el segundo, un homenaje de sumisión.

PUNTO II

El buen sacerdote se somete en todo á las disposiciones de la Providencia.

Quando un señor ha hablado, incumbe al siervo obedecer. Quando Dios manifiesta sus voluntades, á los hombres toca someterse á ellas; pues de todos los amos el más grande es el Señor: *Dominus est*. Dueño por derecho, pues El puede, sin que nosotros tengamos motivos de quejarnos, mandar lo que quiere; dueño de hecho, porque ejecuta realmente todo lo que quiere independientemente de nosotros y de nuestras quejas. Doble, por tanto, es el motivo que yo tengo para sujetarme voluntaria y cristianamente á las disposiciones de su Providencia: *la justicia*: El tiene derecho de disponerlo todo según su beneplácito y no según el mío: *la necesidad* ¿no es mejor obe-

- (1) Matth., X, 29.
- (2) Matth., VI, 28.
- (3) Luc., XXI, 28.
- (4) Job, I, 21.
- (5) Job, XIX, 21.

decir de buen grado y con mérito que perder su fruto haciendo criminales é inútiles esfuerzos para resistirle? Dios tiene sus planes, y así como los forma sin mí, bien sabrá sin mí y á pesar mío llevarlos á cabo. ¿Quiere El tal vez que me suceda algún contratiempo? Quiera yo ó no quiera, no dejaré por eso de sufrir la contradicción. Al fin y al cabo, se hará su voluntad y no la mía. *Consilium meum stabit et omni voluntas mea fiet* (1).

¿Qué adelantó Faraón con su endurecimiento? ¿No empezó el Señor á librar á su pueblo cuando El lo quiso y del modo que lo quiso? ¿Qué fuerza puede contra el Todopoderoso? ¡Oh cuán prudente es aquel que sabe hacer de la necesidad virtud y que suaviza, santificándolas con la resignación, ciertas penas que con sus rebeliones no consigue sino recrudecerlas! *Nonne Deo subjecta erit anima mea?* (2). ¡Oh alma mía! ¿no te someterás á tu Dios? ¿no beberás este cáliz? No examines lo que contiene sino únicamente mira quien te lo ofrece. Es un Señor que usa de su derecho. Es un Dios. ¿Osarás medir tus fuerzas con las suyas? Pero además, El es tu Padre, confía y entrégate en su bondad: *Calicem quem dedit mihi Pater non bibam illum?* (3).

PUNTO III

El buen sacerdote descansa totalmente en las disposiciones de la divina Providencia.

Si nadie está excluido de los cuidados paternales del Señor: *Cura est illi de omnibus* (4), si El tiene particulares atenciones para aquellos que en El se abandonan y confían ¿cuánto mayores las tendrá para sus ministros que lo han dejado todo por seguir-

- (1) Is., XLVI, 10.
- (2) Ps. LXI, 2.
- (3) Joann., XVIII, 11.
- (4) Sap., VI, 8.

le? (1). San Marcos, refiriendo el milagro de la multiplicación de los panes, nos hace notar entre otras cosas, los tres poderosos motivos que tenemos para confiar plenamente en el Señor á quien servimos. Su Providencia vela sobre nosotros; ella reconoce nuestras necesidades y piensa en socorrernos antes que nosotros pensemos en pedirle: *Vidit turbam multam* (2). Su corazón se mueve á compasión: El siente nuestros males y nuestros peligros más vivamente de lo que nosotros mismos los podamos sentir *Misertus est super eos*. Su poder es igual á su bondad: un pan milagroso se multiplica entre sus manos y todos son saciados: *Et manducaverunt omnes, et saturati sunt* (3).

¡Oh amable Providencia! si tal es vuestra solicitud por nuestros cuerpos ¿qué no haréis por nuestras almas? ¡Cuán dichoso sería yo ¡oh Dios mío! si me dejara guiar por mi fe! Ella me enseña que nada os detiene en la ejecución de vuestros designios: nada, ni la misma voluntad del hombre, no habiendo nada por rebelde que sea que Vos no lo podáis reducir al yugo de vuestra ley sin causar el menor atentado á su libertad. Ella me enseña que vuestra sabiduría infinita todo lo lleva y dirige con una unción admirable de fuerza y dulzura (4); que ella sabe sacar el bien del mal y trocar los obstáculos en medios: el patriarca José jamás se vió tan cerca del trono como cuando se encontró en lo más obscuro de un calabozo. Ella me enseña finalmente que Vos me amáis más de lo que yo me pueda amar á mí mismo; que Vos miráis mis sufrimientos y mis necesidades con los ojos de un Padre (5); que ninguna madre tiene por

(1) *Quando misi vos sine sacco, et pera, et calceamentis nunquid aliquid defuit vobis? At illi dixerunt: nihil.* (Luc. XXII, 35, 36).

(2) Marc., VI, 34.

(3) Marc., 42.

(4) *Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (Sap., VIII, 1).

(5) *Scit Pater vester quid opus sit vobis, autequam petatis eum.* (Matth., VI, 8).

su niño la ternura que Vos tenéis para conmigo (1). Medita pues ¡oh alma mía! estas verdades tan consoladoras, empápate de su espíritu y encontrarás en ellas tu descanso: *Convertere, anima mea, in requiem tuam* (2). *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (3). *Dominus regit me et nihil mihi deerit* (4). *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo* (5). Voy á subir las gradas de altar, oh Dios mío yo puedo todos los días celebrar el augusto sacrificio.... ¿cómo he de encontrar pues, dificultad en abandonarme en manos de vuestra Providencia?

Si me dáis á vuestro Hijo para ser mi alimento ¿qué podéis rehusarme? *Mitte cura inanes, o sacerdos, et omnem spem atque fiduciam in Padre tuo caelesti repone, qui tibi quotidie Filium suum unigenitum dat in altaris sacramento.* (6). No, Señor, Vos no dejáis de mirar benignamente, á menos que os lo impida su ingratitude, á aquellos que recibieron de Vos ese gran favor, esa prueba tan clara de vuestro amor: *Non desinis propitius intueri quos talibus auxiliis concesseris adjuvari* (7).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.-- Yo debo reconocer en todo á la Providencia. El hombre interior la descubre y la adora en las cosas más insignificantes. En efecto, todo está bajo su dominio, hasta la avecilla que muere, el lirio del campo que brota y florece, el pelo de mi cabeza que cae. Sí, señor todo lo habéis

(1) *Numquid oblivisci potest mulier infantem suum ut non miscratur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui.* Is., XLIX, 15). *Ad ubera portabimini, et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos.* (Is., LXVI, 12, 13).

(2) Ps. CXIV, 7.

(3) Ps. IV, 9.

(4) Ps. XXII, 1.

(5) Job, XIII, 15.

(6) Sent. fid. dart. 9, med. 1.

(7) Miss, Postcomm.

dispuesto, todo lo habéis ordenado; el primer homenaje que debo á vuestra Providencia es un homenaje de fe; el segundo, de obediencia.

PUNTO SEGUNDO.— *Yo debo someterme en todo á las disposiciones de la Providencia.* Cuando el dueño ha hablado, el siervo debe obedecer. El más grande de todos los dueños es el Señor: dueño de derecho y de hecho: *la justicia y la necesidad* exigen que yo á El me someta. ¿Qué consiguió Faraón con su pertinaz endurecimiento? ¿qué fuerza puede prevalecer contra el Todopoderoso?

PUNTO TERCERO.— *Yo debo entregarme á las disposiciones de la Providencia.* Dios usa de particulares atenciones para con aquellos que en El se abandonan y confían. ¡Cuán dichoso sería yo ¡oh Dios mío! si siempre me dejara guiar por la fe! Ella me enseña que nada detiene vuestro poder; que nada se oculta á vuestra sabiduría que sabe sacar el bien del mal en fin, que Vos me amáis mucho más de lo que yo mismo pueda amarme. Abraza pues, y acepta ¡oh alma mía! estas verdades tan consoladoras.

MEDITACIÓN XXXII

Otros dos deberes del buen sacerdote hacia la Providencia

- I Procura que sea honrada.
- II Se muestra verdadero instrumento de ella.

PUNTO I

El buen sacerdote procura que sea honrada la Divina Providencia

Se esfuerza para robustecer la creencia de esa saludable verdad: hace que las almas piensen á menudo en ella y dirige todos sus esfuerzos á excitar y perfeccionar en los corazones los sentimientos que esta fe les debe inspirar.

En los siglos de fe viva, los hombres veían en todo la acción de Dios; pero en nuestros tiempos de ligere-

ligereza y orgulloso racionalismo no la vemos en ninguna parte. Los más no creen ya en esta paternal Providencia que se ocupa siempre de nosotros, cuidadosa de hacernos felices: otros la han olvidado completamente: casi todos viven á su antojo como si Ella fuera indiferente á nuestros intereses, ajena á todo lo que tiene relación con nosotros. En las elevadas esferas de la sociedad se trata mucho del desenvolvimiento de la industria, de las conquistas de las ciencias, de los progresos de la civilización..... se ha llegado hasta creer que podíamos prescindir de Dios en el gobierno de las cosas de este mundo. En las clases inferiores, el burgués, el padre de familia, ponen toda su confianza en la fuerza de su brazo, de su habilidad y especulaciones, para preservarse de la indigencia ó salir de ella.....

De ahí estas inquietudes propias de paganos acerca del porvenir: *Quid manducabimus, aut quid bibemus aut quo operiemur? Hæc enim omnia gentes inquirent* (1). De ahí que el día del Señor sea profanado por el trabajo y tantos otros desórdenes que no haríamos desaparecer mientras no implantemos en las almas la fe en la divina Providencia y no restablezcamos la convicción de la verdad capital de que nuestro único interés está en tener á Dios en nuestro favor; que nadie ni nada puede causar daño á los que El protege, que todo coopera á la felicidad de los que le aman, hasta el mismo enojo de sus enemigos. ¿No deben acaso los mártires al furor de los tiranos sus palmas y coronas? (2).

¡Oh! cuán necesario es insistir sobre este punto y recordarlo con frecuencia en las instrucciones que

(1) Matth., VI, 31, 32.

(2) *Inquirentes Dominum non minuentur omni bono.* (Ps. XXXIII, 11.) *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* (Rom., VIII, 28.) *Nos christiani de nulla re vel eventu solliciti sumus; sed in Dei providentia plane coquiescimus, scientes nos illi curæ esse, et ab eo per omnia dirigi, ut cuncta nobis cedant in bonum.* (San Clemente).